

ESTEBAN

Yo quiero irme a mi casa. Yo quiero volver con madre.

SEBASTIÁN

Vamos, calla... Hay que ganarse la vida. Si no pué ser, por mucho que te pongas... Ya somos mozos. A lo primero hay que ganársela así, con trabajos... Cuando seamos hombres será otra cosa. ¿Oyes? Anda, con tanto llorar se ha quedao dormido... ¡Ay madre! Ahora que él no me ve lloraría yo de buena gana; pero pué despertarse, y si me ve a mí acorbadao... Soy el más hombre, y con llorar nada se saca... ¡Ay madre!... Niños felices que halláis en vuestra casa no sólo el pan, sino las golosinas de cada día entre caricias y besos..., acordaos alguna vez y compadeceos de estos niños sin niñez... que han de ganarse la vida como los hombres.

FIN DE LA COMEDIA

V A R I O S

EL NIÑO AHOGADO

Un niño, por travesura o por desgracia, cae en la fuente de una plaza pública y muere ahogado, bajo muy poca agua, en presencia de numerosos curiosos y de dos agentes de la Autoridad, representación, no por modesta menos respetable, del Estado tutelar y protector. Sobre los dos infelices guardas han caído todo el rigor de los superiores y todas las recriminaciones de la opinión. El señor presidente del Consejo dijo muy bien que no debieran ser sólo los guardas los castigados. Pero aunque para el Código penal sean delitos las omisiones tanto como las acciones, ¿qué medio hay en la ley para hacer efectiva la responsabilidad de una multitud indiferente? Y si miramos a nuestra conciencia, ¿no hallaremos en la impune omisión de los curiosos, lo mismo que en la puni-

ble de los guardias, síntomas de un estado de conciencia social del que todos participamos? ¡Era tan poca el agua! El niño, sin duda, podría levantarse y salir por sí solo. Tal vez si alguien se hubiera precipitado a socorrerle los curiosos se hubieran reído al verle chapotear en el agua; el regocijo hubiera subido de punto si era uno de los guardias. ¡Qué escena de película cinematográfica! ¡Estamos tan hechos a reirnos de los agentes de la Autoridad en sainetes y revistas llenas de gracia! Como el salvamento se hubiera logrado a poca costa, ¡cuánto nos hubiéramos burlado del salvador, si hubiera pretendido hacer valer su pobre hazaña! ¡Salvamento de naufragos en el pilón de una fuente! Chistes, caricaturas, ingenio... Las tragedias son así: necesitan un final trágico para que parezcan tragedias. Cuando se empieza a morir, hay que morir; de otro modo, ¿quién cree que era tanto el peligro? No culpemos demasiado a los espectadores y a los guardias, más temerosos del ridículo que de un remojón insignificante. ¡Los pantalones de la Autoridad enfangados! ¡El uniforme prestigioso chorreando! ¿No tendremos todos en nuestra vida alguna culpable omisión de que acusarnos? ¿No habremos dejado también que alguna criatura, tal vez indiferente, tal vez querida, se haya ahogado ante nosotros, en muy poca agua, sin que nuestra mano se tendiera protectora, sin que diéramos el paso que corre a sostener, sin que de

nuestros labios saliera la palabra precisa de compasión o de esperanza? Agua o llanto ¡parecían tan poco! Cuando el agua o el llanto ahogaron, ya era tarde. El heroísmo pide grandes empresas: mares embravecidos, batallas, dolores trágicos. Ante el peligro de la fuente, ¿no es ridículo el gesto heroico? ¡El agua era tan poca! ¡Las fuerzas del niño eran menos! ¿Cuántas almas de niño no habremos dejado así ahogar, en muy poca agua, por no afrontar el heroísmo del ridículo? ¡Si diéramos siempre el paso que debemos dar! ¡Si diéramos siempre la palabra que debemos decir!



LOS NIÑOS TRISTES

En estas fiestas de Pascua, en las funciones de tarde de los teatros, en las fiestas familiares a ellas dedicadas, lo he observado con pena una vez más; los niños de ahora son tristes, no saben reír, parece que, como Musset, *han venido muy tarde a un mundo viejo.*

Nada les sorprende, como si todo lo supieran. En el teatro son ellos los que preguntan a los mayores: ¿Por qué os reís? Ellos son los primeros que dicen: ¡Me aburro!

En torno del árbol de Noel se muestran graves y desdeñosos, y en los Reyes Magos ya no cree ninguno.

Una mamá se lamentaba de esta disposición de espíritu en los niños. —Figúrese usted que hoy le digo al pequeño: Si no eres bueno, no te llevo

al teatro; y me dice: Mejor. ¡Para ver tonterías!

¡Esta seriedad española! Cuando aquí decimos de un hombre que no es serio, le hemos imputado el mayor defecto... Y los que, por desgracia nuestra, hemos trasmutado los valores, y lo que todos juzgan serio es lo que más risible nos parece, estamos perdidos.

Yo creo, sin duda alguna, que la mayor superioridad de los anglo-sajones consiste en saber reír, en el desprecio al ridículo. Yo he visto a señoras inglesas muy metidas en carnes y muy entradas en años lanzarse al vals, y hasta al cake-walk, sin la menor idea de que estaban *haciendo el paso*. A personajes de grave significación social ofrecerse espontáneamente a cantar las más extravagantes canciones de negros, y a distinguidos oficiales, de guarnición en Gibraltar, representar una parodia del *Fausto*, interpretando papeles de hombres y mujeres: todo ello en presencia del gobernador de la plaza y ante los soldados de la guarnición francos de servicio. ¡Figurémonos el escándalo que esto hubiera producido en España!

¡Seriedad, seriedad! Es nuestra consigna. En estos días he leído cómo algunos revisteros de toros aconsejan a la Empresa de la plaza el contrato de determinados toreros, para dar seriedad al cartel. Y digo yo: ¿Para qué necesitará la seriedad un cartel de toros?

LAS ESTATUAS

Las impresiones que recibimos de niños, influyen sobre nuestro espíritu para toda la vida. ¿Qué deberán pensar esas tiernas criaturas tan traídas y llevadas en estos días alrededor de la estatua de Mendizábal? Sus maestros, autoridad respetable: ¡Es preciso que vayáis, niños míos, a ofrecer el homenaje del porvenir, que sois vosotros, al grande hombre, al hombre glorioso... Y el Gobierno, autoridad suprema, que dice: No dejéis a los niños que se acerquen; esas manifestaciones son peligrosas en edad temprana; exponer a los niños a los rigores del calor, de las apreturas, de la oratoria progresista... Además, ¿quién os ha dicho que Mendizábal fuera tan grande hombre? ¿Porque tenga una estatua en la plazuela del Progreso?

Esa estatua, mantenida sobre el pedestal gra-

cias a la tolerancia sin límites de los muchos Gobiernos conservadores que no se han dignado concederla ninguna importancia, significa muy poco. La Historia no ha juzgado todavía y la moda... ¡Ah! La moda nos dijo hace tiempo que el figurín progresista era de lo más cursi, y ninguna persona distinguida se atrevería hoy a presentarse en público con la capa de Mendizábal. No saben muchos de los que así hablan, que acaso en el infierno, círculo de los hipócritas, les aguardan aquellas capas de plomo con que el poeta florentino vió pasar abrumados a los más célebres antecesores de Tartufo. Pero, ¿qué pensarán los niños? De un lado, sus maestros; de otro, el Gobierno... Un hombre que merece una estatua y no merece un homenaje... Para comprender la situación de esas criaturas hay que recordar cuando alguna vez en nuestra infancia, al anunciarse una visita en nuestra casa, oímos murmurar:

—¡ Ahí está ese señor tan antipático!—Y cuando nosotros, mal prevenidos, le mirábamos de reojo, alguno nos decía: —Vamos, da un besito a este caballero, que es muy bueno y te quiere mucho... Y esas primeras impresiones que recibimos de niños, influyen sobre toda la vida... No se debe decir a los niños que un señor es antipático, cuando después hay que decirles que le besen. No se deben levantar estatuas, cuando después hay que prohibir a las nuevas generaciones que las saluden con respeto.

EDUCACION DE LOS HIJOS

Amable lectora, la que en discretísima carta me consulta sobre el mejor sistema de educar a los hijos; sin duda sabe que nadie los educa mejor que los que nunca los hemos tenido. ¿Severidad? ¿Dulzura? ¿Proporcionarles toda la alegría posible, o prepararles con privaciones a soportar las tristezas futuras? Hoy... son los padres; pero los padres no viven siempre. Mañana... son los extraños sin cariño, o con otro cariño que nada se parece al de los padres... Pero, ¿no será, por lo mismo, crueldad en los padres anticipar tristeza a la tristeza? ¿Y si el hijo muriera antes? Mañana es la vida, pero también es la muerte. Los juguetes comprados serán entonces recuerdo triste; pero los juguetes que el niño deseó y que le negamos serán un remordimiento constante... ¡Oh, sí; dulzura, dulzura para vuestros hijos, que la

vida es madrastra terrible, como las de los cuentos de hadas; esas madrastras que encierran en torres a las princesas delicadas o las envían al bosque a guardar gansos. Peor la vida, que suele traerlas, no a guardarlos, sino a casarse con alguno de ellos. Pero, ¿y si, acostumbrados al mucho mimo, no hay fuerza en ellos después para conllevar las contrariedades?

La vida es la mejor educadora, y ella sola se basta para enmendar errores de educación en los padres... Todos, menos la falta de besos, de caricias, de juguetes en los primeros años... La vida puede ser madrastra, puede ser maestra, pero no es madre...

En los primeros años del mundo, cuando Adán y Eva, arrojados del Paraíso, luchaban contra los rigores de la naturaleza primitiva, Eva lloraba por sus hijos, al verlos muchas veces heridos por las fieras, desgarradas sus carnes por las asperezas de los troncos y de las piedras... ¡Mis hijos! ¡Qué horrible vida! Para ellos no ha habido un Paraíso terrenal, como para nosotros... Ellos no sabrán nunca de sus delicias... ¡Nosotros hemos sido más felices!

—Sí—dijo el primer hombre.—Ellos no han tenido, como yo, un Paraíso; pero ¡yo no he tenido una madre, como ellos! Y al verlos acariciados por la madre, en su amor paternal había algo de envidia. ¡Y era el hombre que había sido formado por Dios mismo!

ÍNDICE

	Páginas.
<i>A modo de prólogo</i>	5
<i>Todos hermanos:</i>	
El buen animal	17
Los pájaros	21
El amiguito de los pájaros	27
Las Exposiciones de perros	31
<i>Por los pequeños:</i>	
El desayuno escolar	37
Teatro para los niños	47
Edificios escolares	57
La Exposición de la infancia	59
Libros para los niños	63
En vísperas de Reyes	69
Tribunales para niños	73
A los padres	77
Las danzas de Loie Fuller	81
<i>Amor a la Patria:</i>	
Amor a la Patria	87
<i>Una obra del Teatro de los niños:</i>	
Ganarse la vida	103
<i>Varios:</i>	
El niño ahogado	125
Los niños tristes	129
Las estatuas	131
Educación de los hijos	133

